

LA LÁGRIMA DEL EBRO

En noches de niebla cerrada, bajo los seis arcos del Puente Carlos III, se oye un repique metálico entre el murmullo del Ebro. Era 1777 cuando terminaron las obras de construcción, pero, para un maestro cantero no habían concluido. Obsesionado con la perfección de su obra, selló una lágrima en el corazón de un pilar. Con el último eco del golpe de cincel, una sombra de agua acarició la piedra de sillería. El desdichado se fundió en su obra, que le había robado el corazón. Su repique sirve de guía entre la bruma, como un latido que nunca se extingue.